

ENTRE LA ORTODOXIA Y LA REVOLUCIÓN: SCHUMPETER Y KEYNES

Carmen García Monerris
Universitat de València

Resumen: Tal vez, Joseph Alois Schumpeter y John Maynard Keynes fueron los economistas que mejor diagnosticaron la naturaleza de los nuevos cambios del capitalismo. ¿Cambios? ¿Qué cambios? ¿Cuándo? A finales del siglo XIX. En este texto se repasan sus principales contribuciones. En el contexto de la crisis, la profunda crisis de la modernidad más reciente. En este artículo se examina y se revisa su distinto compromiso, su compromiso con la realidad política. Sus propuestas fueron no solo un ataque contra la ortodoxia heredada, sino también una alternativa razonable y razonada a la revolución.

Palabras clave: Schumpeter, Keynes, capitalismo financiero, demanda agregada, crisis del 29, monetarismo, ortodoxia económica.

Between orthodoxy and revolution: Schumpeter and Keynes

Abstract: Joseph Alois Schumpeter and John Maynard Keynes were probably two of the economists who better diagnosed the nature of the capitalism's new changes. Changes? Which changes? When? In the late 19th century. In this paper, their major contributions are revised in the context of the crisis, the deep crisis of the latest modernity. Besides, we appreciate and review their commitment, their commitment to the political reality. Their proposals were not only an attack against the inherited orthodoxy, but also a reasonable and reasoned alternative to revolution.

Key words: Schumpeter, Keynes, financial capitalism, aggregate demand, the crisis of 1929, monetarism, economic orthodoxy.

AÑOS DE VÉRTIGO

A finales del siglo XIX, la economía política o ciencia económica había alcanzado un grado de formalismo y de sistematización nada despreciable. Paradójicamente, su separación cada vez más decidida del ámbito de lo político corría paralela a un proceso creciente de institucionalización académica y de encaje en la constelación de saberes universitarios.

Por su parte, el fuerte crecimiento económico a partir de 1850 parecía corroborar la creciente confianza del hombre decimonónico en un progreso lineal

Data de recepció: 11 de novembre de 2017 / Data d'acceptació: 19 de desembre de 2017.

y en una sociedad que parecía regirse por los mismos automatismos que la naturaleza o el mundo de lo físico, en general. La técnica y las nuevas invenciones (especialmente intensas a partir del último tercio de siglo) jalonaban un nuevo horizonte de confianza material, pero también de superioridad cultural y moral.

El Estado, esa criatura al servicio de la cual parecía haberse ido configurando el corpus de pensamiento inicial de la nueva ciencia, allá por el siglo XVIII, no exhibía ahora su íntima relación con el sistema económico y sus teóricos. De manera también paradójica, su presencia y gigantismo creciente se realizaban a costa de proyectar de manera cada vez más decidida la ilusión de un mundo social y económico autónomo e independiente. Recíprocamente, la Economía Política se proclamaba, a finales de siglo, Economía Civil o, simplemente, Economía, en una manifestación evidente de sus aspiraciones de independencia del poder político.

El monopolio inglés de este saber, bien alimentado por la presencia de los padres fundadores (Adam Smith, David Ricardo y Karl Marx) y sostenido por su preeminencia económica y colonial en el ámbito del primer capitalismo, se resquebrajaba a medida que nuevos espacios se incorporaban a la segunda gran oleada de industrialización del último tercio del siglo XIX.

El pensamiento marginalista o neoclásico que lo sustituyó encontró en la multicultural Viena de fin de siglo XIX un ámbito de desarrollo privilegiado de gran influencia en otros dominios geográficos y académicos. En un movimiento pendular entre lo político y lo social, entre lo general y lo particular, entre lo común y el interés individual, la ciencia económica desviaba su mirada hacia la decisión racional de los individuos (productores o consumidores) como piedra angular del sistema económico.

No fue, exactamente, un giro revolucionario ni novedoso, salvo que acentuó de manera extraordinaria el componente individualista subyacente en la matriz del liberalismo económico. Los grandes agregados sociales perceptores de rentas, relacionados directamente con sus correspondientes factores de producción (tierra, capital y trabajo) fueron sustituidos por la constelación abstracta de individuos que tomaban sus decisiones en un contexto de libre concurrencia e impulsados por criterios racionales de satisfacción de necesidades y utilidades.

La gran pregunta impulsora de la nueva ciencia en sus orígenes, aquella que insistentemente planteaba el origen de la riqueza (para poder posteriormente interpelar a los beneficiarios de los procesos de distribución) fue sustituida por la preocupación de un sistema que pudiera funcionar de acuerdo con esa racionalidad no tutelada de los agentes económicos. Tanto a nivel interno como externo, tanto en los mercados nacionales como en los internacionales,

operaban los mecanismos de autorregulación y, por tanto, no necesitados de intervenciones de los poderes públicos.

Se trataba, en el fondo, de una ilusión que requirió para su consistencia y permanencia de una serie de formulaciones dogmáticas destinadas no sólo a poder entender el funcionamiento de la economía, sino también y sobre todo a advertir a la autoridad política de la necesidad de atenerse imperiosamente a ellas como forma de salvaguarda del propio sistema.

Las décadas esplendorosas de la segunda mitad de siglo, aquellas en que Europa consumó su dominio mundial, fueron escenario, de la mano de la espada y del comercio, de una *mundialización* creciente. El planeta estaba cada vez más conectado y se mostraba más interdependiente; pero también los peligros, debido a esa misma conexión, mostraban una capacidad asombrosa de generalización y contagio. La profunda crisis que sufría la agricultura europea desde comienzos de los 70 era una buena prueba de ello.

Las esplendorosas exposiciones mundiales que se habían iniciado en 1851, y que se repetirían sistemáticamente a lo largo del siglo, se esforzaban por mostrar la ansiada complementariedad entre todos los sectores productivos, incluida la agricultura. Sin embargo, Europa estaba dejando de ser un continente agrario, al menos en cuanto a las producciones tradicionales se refería. Nuevas o jóvenes naciones como Alemania, Estados Unidos o el Japón de la revolución Meiji se incorporaban con una intensidad y velocidad desconocidas hasta entonces a la nueva fase de industrialización.

¿A qué fase nos referimos? A aquella en la que los contemporáneos verían aparecer a los “capitanes de la industria” y que abocaría en un corto espacio de tiempo a la desaparición del viejo mundo del saber obrero y artesano.

El desarrollo creciente de las relaciones comerciales, así como la ampliación del mercado de capitales y de inversión fueron los exponentes sustanciales de esta primera gran *mundialización* de la economía. Sin embargo, como ocurre en muchísimas situaciones, no fue la normalidad la que propició una perspectiva adecuada del mundo circundante, sino los momentos de tensión que la jalaron.

Las crisis financieras que de manera cíclica empezaron a agitar las plácidas aguas de la economía fueron los episodios a través de los cuales se pudo empezar a constatar lo que significaba conectar espacios y situaciones hasta ese momento insospechados. Detrás de ellas se encontraba siempre el proceso de un creciente flujo de capitales acompañado de la proliferación y diversificación de instituciones bancarias y financieras. Poco a poco, el dinero se fue transformando en papel y, poco a poco, la circulación fiduciaria invertiría alguna de las lógicas arraigadas en el pensamiento económico del primer capitalismo. En los mismos orígenes de la moderna economía de mercado, el dinero se había contemplado como un simple elemento o expediente del intercambio, incapaz

en sí mismo de alterar el valor de las mercancías. En el fondo, los hombres decimonónicos siguieron presos de una concepción material de la riqueza extremadamente dependiente de la producción de bienes. La oferta y circulación dineraria reposaba también en elementos materiales y concretos, en una moneda basada y respaldada en el valor de la plata y del oro.

Aunque la plata fue *desmonetizada* de manera general a partir de los años 60, lo cierto es que el oro continuó siendo durante mucho tiempo el referente por excelencia no sólo del valor de la moneda, sino de la riqueza misma. La posibilidad de convertibilidad de la moneda en su equivalente en el metal de referencia era la muestra de hasta qué punto el primer capitalismo seguía apegado a esa concepción material de la riqueza.

Sin embargo, la circulación fiduciaria experimentó un crecimiento notabilísimo a lo largo del siglo. En 1848, la oferta monetaria en oro representaba un 17'22 por ciento, la plata un 45'76 por ciento y la fiduciaria un 37'02 por ciento. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, la plata había desaparecido prácticamente (representaba sólo algo más del 3 por ciento); el oro, a pesar de su mantenimiento como patrón de referencia, había descendido también a un 10'11 por ciento en la oferta de la circulación dineraria; el dinero bancario en billetes y otras formas de depósito, sin embargo, constituían ya cerca de un 87 por ciento (Palafox, 1998, 201).

Desde la década de los 70, el capitalismo acentuó su tránsito hacia su versión financiera. El mundo de lo concreto y de la producción, el de la riqueza material y tangible empezaba a ser “ocultado” por la máscara de aquello que se había considerado inicialmente como un elemento neutro, como un simple expediente de intercambio de valores. La amenaza de una inversión apareció en el horizonte, pero los hombres del diecinueve pensaron que el monstruo podía ser controlado y para ello nada mejor que procurar que el sistema funcionara de acuerdo con unas leyes intrínsecas y propias, ajenas a la posible manipulación del poder político y de espaldas a sus imperiosas, pero a veces volubles, necesidades.

Las crisis financieras fueron recurrentes en la segunda mitad del siglo. Las más importantes y notorias de 1873, 1890, 1907 y 1914 se vieron precedidas o seguidas de otras menores en 1866, 1882, o 1893 (Marichal, 2010, 35). A través de ellas, la internacionalización de las relaciones económicas y los mecanismos de dependencia entre las naciones mostraron su cara más nítida. El planeta estaba conectado no sólo por el ferrocarril, el vapor o el telégrafo, sino también por el sistema crediticio y el papel moneda: por la especulación en suma.

La recurrencia de los episodios críticos, sin embargo, contribuyó a acentuar la percepción de la existencia periódica de unos “desajustes” que podían ser solucionados de manera automática, sin injerencias ni intervenciones del poder

público. De manera bastante paradójica, sobre todo a partir de finales de siglo, el vertiginoso proceso de crecimiento y de especulación, de aumento de la producción de mercancías y de sus intercambios, y de intensa circulación de capitales, tardó algo en verse acompañado de avances o construcciones teóricas que pudieran explicarlo, contenerlo o dirigirlo.

El mundo de la ciencia económica seguía atrapado por la supuesta evidencia de la elección racional de los individuos, por los mecanismos automáticos de ajustes entre oferta y demanda (a pesar de las evidencias de la aparición de lo que se llamaron los “mercados imperfectos”), por la prioridad de los intercambios internacionales frente al funcionamiento de los mercados interiores (en realidad, un escaparate para la potencia del Estado), por la relación directa entre ahorro e inversión, por la estabilidad del valor de la moneda, por la necesidad de un riguroso equilibrio presupuestario y, sobre todo, por el mantenimiento del patrón oro como referencia de valor y de los intercambios.

Los “años de vértigo”, aquellos en que la velocidad se convirtió en toda una metáfora y expresión del propio funcionamiento social (Bloom, 2010), se vieron contradictoriamente atrapados en una serie de dogmas y en la falta de viables teorías del crecimiento o de análisis de la función e importancia del dinero y el sistema monetario en el nuevo capitalismo.

Éste fue el contexto en el que nacieron dos economistas singulares que, desde perspectivas muy distintas, se esforzaron en demostrar la necesidad de nuevas teorías para los nuevos momentos. Se trataba de reformular el compromiso con la realidad, apartando la ciencia económica de la tranquilidad de los despachos académicos y poniendo en quiebra la complacencia de los gobernantes con las antiguas fórmulas.

Dio la casualidad que en el mismo año de 1883 nacieran Joseph Alois Schumpeter y John Maynard Keynes. El primero lo hizo en el complejo y atractivo ambiente de un Imperio austro-húngaro extraordinariamente tenso y moderno, pero aferrado a unos decadentes formalismos en los que cobijar a la desesperada la bandera de un cosmopolitismo en retroceso.

El segundo lo hizo en pleno apogeo de la Inglaterra victoriana, cabeza de un imperio boyante, y con una sociedad que, pese a su real o ficticia rigidez, mostraba signos de un inconformismo muchas veces de expresión elitista. Algo mayores que los componentes de la generación que sufriría de manera más directa la Primera Guerra Mundial, ellos tuvieron que hacer frente, no obstante, a sus irreversibles efectos y trastornos. Uno de ellos, no menor, fue la revolución que se incubó en el seno del enfrentamiento bélico y que, aunque acabaría teniendo su expresión máxima en Rusia, se materializó o se extendió como amenaza a otros muchos territorios.

Lo que debería ser así una reconstrucción en profundidad del sistema económico europeo y mundial después de la guerra tuvo que luchar zarandeado por los recuerdos de una vieja ortodoxia y los peligros de una revolución que podría socavar total o parcialmente los cimientos de dicho sistema. Desde este último punto de vista, la amenaza podía venir tanto del fascismo como del comunismo.

SCHUMPETER

Joseph A. Schumpeter (1883-1950) fue un economista de suerte relativa en la historiografía económica. Se formó en la Escuela de Viena, en uno de los núcleos duros del pensamiento marginalista. Dicha Escuela había sido creada por Jevons y Carl Menger y tuvo como continuadores a E. von Böhm-Bawerk, F. von Wieser, L. von Mises, Otto Bauer o Rudolf Hilferding, uno de los más importantes marxistas europeos. Schumpeter tuvo como compañeros a los tres últimos (Nasar, 2012, 202). Su peculiar aportación a la ciencia económica le convierte en un autor de difícil catalogación. Sin embargo, pocos estudiosos como él supieron captar alguna de las lógicas internas que impulsaban el crecimiento del capitalismo, lo que le sitúa, de alguna manera, en la órbita de análisis como el de Karl Marx, ante el que mantuvo siempre una ambivalente actitud, no exenta de admiración.

Schumpeter se formó en medio de una de las épocas de explosión innovadora más intensa de la historia y vivió de manera muy directa, a veces personalmente, los efectos de la especulación y de las crisis bancarias y financieras. Sin embargo, sería durante sus años de práctico aislamiento, en una de las esquinas del imperio, en Cernowitz (territorio de la actual Ucrania), ciudad en la que ejerció de profesor, cuando elaboraría una de sus obras más importantes, *La teoría del desarrollo económico* (1911).

El capitalismo, para Schumpeter, era un sistema económico en permanente evolución, manifestándose de forma regular a través de una serie de ciclos e impulsado por un proceso de innovación permanente y por la iniciativa empresarial. En la época de emergencia de los poderosos “capitanes de la industria” y de revolucionarias innovaciones tecnológicas, Schumpeter tuvo el acierto de poner en primer plano el liderazgo empresarial y, de manera muy especial, de colocar los procesos de innovación en el centro de los impulsos destructivos y creativos del capitalismo. Sin lugar a dudas, su perspectiva dinámica se acercaba mucho más a la realidad que los pretenciosos análisis de una economía en equilibrio.

Fuertemente comprometido con los aliados durante la guerra y opuesto a la unión con Alemania, afrontó desde dentro del gobierno la realidad de su

nuevo país, Austria, inmerso en una crisis económica y social de la que la Viena de la posguerra se convirtió en todo un símbolo mundial. De tendencias socialcristianas, intentó que el nuevo estado siguiera una senda intermedia entre el intervencionismo socialdemócrata y las tradicionales soluciones de los conservadores. Partidario de una estabilización financiera y de saldar la enorme deuda del Estado, creía, acorde con sus propuestas teóricas, que sólo así se podía propiciar una buena situación para las inversiones y para el inicio de un acelerado crecimiento económico. Admirador confeso de lo que ese desarrollo acarrearía para las sociedades, había llegado a la conclusión de que los límites del mismo no eran intrínsecos al sistema, sino externos y que, en consecuencia, eso dejaba un amplísimo margen de intervención, entre otros factores, a los poderes públicos y sus políticas.

La falta de recursos del Estado, sin embargo, debía subsanarse momentáneamente a través de un aumento de impuestos. Si este último aspecto le enemistó con los conservadores, la prioridad dada por los socialdemócratas a la canalización de rentas hacia sus programas sociales a pesar de la inflación le separó de los socialdemócratas. La realidad, sin embargo, es que fue el Tratado de Saint-Germain y sus cláusulas lo que desmoralizó totalmente a Schumpeter.

La nueva y reducida Austria emergía por una decisión de los aliados que, paradójicamente, castigaba con notable dureza a la nueva nación. Los movimientos revolucionarios, además, alentados desde el interior mismo de la reciente guerra, pugnaban por la instauración de un nuevo orden no necesariamente acorde con lo que habían determinado los representantes en Versalles. Hungría, Baviera, la propia Viena o la reciente República alemana de Weimar serían escenario de una revolución de inquietantes vínculos a veces con la triunfante revolución bolchevique. La ortodoxia se había desmoronado en Europa y en el mundo occidental sin que de sus grietas pudiera vislumbrarse momentáneamente una alternativa o solución a la profundísima crisis de Estado y al derrumbe económico.

En la línea de lo que representó para Alemania el de Versalles, el de Saint-Germain se erigió pronto como uno de los tratados más duros infligidos contra lo que hasta hacía poco había sido el corazón de un imperio multicultural y plurinacional. La nueva realidad denominada Austria simbolizaba, en el corazón de Europa, la materialización del ansiado sueño *wilsoniano* de una reordenación territorial y política que tuviera en cuenta los principios de nacionalidad y democracia (McMillan, 2005, y Tooze, 2016). Sobre un mapa absolutamente dividido, con un encaje casi imposible entre “pueblos” y “naciones-estado” (justamente lo contrario de lo que había representado el imperio austrohúngaro), uno de los problemas, y no el menor, de los artífices de la nueva situación de posguerra fue la reconstrucción económica de Europa y el restablecimiento de las relaciones intercontinentales. En este escenario, Keynes alcanzaría una proyección inesperada.

KEYNES

John Maynard Keynes (1883-1946) era, cuando finalizó la Gran Guerra, poco más que un eficiente funcionario inglés al servicio de la Oficina para los asuntos de la India o del Ministerio de Finanzas. Su conocida pertenencia al “grupo de Bloomsbury”, de profundo y arraigado elitismo intelectual y social, le permitió, aunque con contradicciones y fricciones, el desarrollo de múltiples facetas como las del periodismo, la especulación o los negocios, el funcionariado, el mercado del arte o la docencia y el magisterio en Cambridge desde 1909.

Durante la contienda bélica fue el encargado de mantener las relaciones entre Gran Bretaña y Estados Unidos dentro de un marco fluido de contactos económicos y crediticios, lo cual significaba en el fondo impulsar a la naciente potencia a un compromiso creciente con la contienda europea. La postura de Keynes a favor de una participación bélica (aunque opuesto al alistamiento general y obligatorio) le distanció de las actitudes más pacifistas de la mayoría de los componentes del “grupo de Bloomsbury”. Con todo, su punto de vista, desde el Tesoro, no era exactamente coincidente con el de Lloyd George, más acentuadamente militarista. Si éste era partidario de la creación de un amplio ejército para propiciar una guerra rápida, sostenida con créditos, el economista encaraba la situación como una oportunidad para el reforzamiento de Inglaterra como suministradora de bienes, lo que reforzaría, a su vez, el papel de la libra y de la City en el concierto internacional. Keynes, sin embargo, acabó, como hemos dicho, encargándose del suministro de créditos estadounidenses; y el alistamiento general y obligatorio se produjo por primera vez en Gran Bretaña a comienzos de 1916 (Skidelsky, 2013, 278-292).

Era éste un tema de trascendental importancia que determinaría no sólo el porvenir del nuevo equilibrio internacional, sino el reforzamiento de la preeminencia geopolítica y económica estadounidense. Algunos intelectuales, desde el propio país norteamericano, estaban contribuyendo a la ruptura del tradicional aislacionismo. Entre ellos se encontraba el economista Irving Fisher (1867-1942), de profunda trayectoria reformista y firme partidario de la entrada en la guerra. Con él, los análisis relativos al comportamiento de la moneda, expresión de la nueva e inquietante cara del capitalismo, ingresaban en el plano teórico y práctico en la escena estadounidense. No es casual que Fisher creara el Instituto de Índices de Precios en Estados Unidos (Nasar, 2012, 165-197 y 335).

La vertiente práctica de los conocimientos de Keynes tuvo ocasión de manifestarse de manera intensa al ser nombrado asesor de la delegación inglesa desplazada a París en enero de 1919 para las negociaciones de la paz. Los efec-

tos de la Gran Guerra habían sido devastadores. Gestada en el interior de una vieja Europa atravesada por un proceso intensísimo de modernización y de crecimiento exponencial del Estado, fue también el resultado de las múltiples tensiones y conflictos entre las potencias y sus peligrosísimas maniobras en el marco de “una diplomacia de salón” en la que estaba en juego el dominio mundial (McMillan, 2013 y Clark, 2013).

El potencial destructor, sistemática y fríamente ensayado en la periferia del sistema (una periferia a veces muy “cercana”, como en el caso de los Balcanes) acabó por ser utilizado en el propio territorio europeo. Aquello que podía ser justificado en la lucha de la civilización contra la barbarie, se volvería en contra de la propia civilización. Ha sido precisamente Enzo Traverso (2002, 57-89) quien ha destacado la importancia de las guerras y disputas coloniales en el estallido de la Primera Guerra Mundial y ello lo ha subrayado al buscar la “genealogía europea” del terror y la barbarie nazi.

LA REVOLUCIÓN KEYNESIANA

La tremenda realidad posterior a la contienda, a la altura de 1918, exigiría de economistas, diplomáticos y políticos en general un esfuerzo notable de adaptación a la misma. La revolución, por su parte, se había encargado, de manera abrupta, de demostrar la posibilidad de otra salida y de llevar a cabo, por fin, un profundo y necesario proceso de reconstrucción y regeneración sociales. A fin de cuentas, muchos de los que habían participado en la guerra lo habían hecho desde la firme convicción de la capacidad regeneradora de la misma y como instrumento para la construcción de una nueva sociedad (Hochschild, 2013).

Al final de la guerra, aquello que parecía controlado con el sólo mantenimiento y respeto a los dogmas –el mundo del dinero, de la moneda y de los precios– acabó por desbocarse. Las necesarias “liberalidades” de un Estado, capaz como nunca de movilizar recursos, obligaron a la ruptura de corsés como el que representaba el patrón oro. Los desequilibrios monetarios y de precios marcarían de manera indeleble los comienzos de los años 20 (Ferguson, 2010).

La significación de Keynes adquiere su perfil más nítido en ese contexto: el de la búsqueda de soluciones a la nueva realidad. Su pequeño libro *Las consecuencias económicas de la paz* (1919) tuvo una difusión notable en una Europa y, sobre todo, en una Alemania desgarradas por una guerra que seguía considerando como no perdida.

De una forma magistral, Keynes desvió la atención del problema de las reparaciones de guerra (que parecía prioritario para los aliados, especialmente para Francia) a la necesidad de plantearse de manera global la reconstrucción

de Europa. En esa perspectiva, la dureza de un Tratado como el de Versalles podía ser un obstáculo no sólo para la economía alemana, sino para la europea en general. La ya mítica crítica del autor a los términos y a la cuantía de las reparaciones alemanas es, en realidad, un elemento subsidiario de lo que él creía un problema más general y prioritario: aprovechar la ocasión para replantearse un programa amplio y coordinado de reconstrucción de la economía europea y mundial sobre nuevas bases:

En París no se llegó a ningún acuerdo para recuperar las desorganizadas finanzas de Francia y de Italia, o para restaurar las estructuras del Viejo Mundo y del Nuevo (...) Es inaudito que los problemas económicos fundamentales de una Europa que se desintegra y muere de inanición ante sus propios ojos sean la única cuestión sobre la que ha sido imposible suscitar el interés de los Cuatro. Las reparaciones han sido su máxima incursión en el ámbito económico, y las han considerado un problema teológico o político, o de interés electoralista, vista desde cualquier perspectiva menos la del futuro económico de los estados cuyo destino manejan.

Su percepción de hallarse ante una probable e inminente crisis de civilización se había acentuado en plena contienda, concretamente a partir del verano de 1917, cuando la revolución había hecho acto de presencia de la mano de la guerra. Ya entonces, entre ironía y clarividencia, había escrito a su madre que “con el cauce que han tomado ahora las cosas, probablemente signifique la desaparición del orden social que hemos conocido hasta el momento”. Predecía amargamente la hipoteca de su país respecto a la potencia del Nuevo Mundo, así como una “abolición de la clase más rica”, aspecto éste que le parecía en cierta manera “reconfortante y, de algún modo, para bien”. “Lo que me asusta más”, concluía, “es la perspectiva de un empobrecimiento general”. Y finalizaba la carta con la premonición de un futuro inmediato nada halagüeño para sí ni para el mundo.

...el único camino abierto para mí será ser alegremente bolchevique; y mientras yazco en la cama por la mañana reflexiono con bastante satisfacción sobre el hecho de que, debido a que nuestros propios dirigentes son tan incompetentes como locos y perversos, una era concreta de un tipo concreto de civilización está prácticamente acabada (Citado en Skidelsky, 2013, 311).

La participación directa en las comisiones y subcomisiones encargadas de las negociaciones le acabaría confirmando en su diagnóstico de la situación. De todas maneras, su estancia en París no fue exactamente todo lo sacrificada y preocupada que pudiera desprenderse de su conocido y combativo libro pues,

entre otras cosas, aprovechó la estancia en la capital de Francia para dedicarse a una de sus pasiones confesas: la especulación con obras de arte. Su inteligencia y dedicación nunca fue excluyente de unos hábitos y comportamientos que encajaban perfectamente en el elitismo esteticista y selectivamente contestatario de sus amigos de Bloomsbury.

Con todo, su compromiso con la realidad era evidente. La guerra y, sobre todo, sus efectos crearon un contexto crítico y extraordinariamente difícil para actuar en el cual se requería bastantes dosis de voluntad e inteligencia. Keynes, en el fondo, era un *burkiano*, una suerte de conservador al modo de Edmund Burke: no un inmovilista, sino un whig devenido liberal y, sobre todo, una persona convencida de la necesidad de actuaciones en contextos difíciles para evitar desastres mayores. Tengamos en cuenta que Keynes se licenció con un trabajo sobre E. Burke y disertó para su *fellowship* en Cambridge sobre la teoría de las probabilidades (Skidelsky, 2013, 164-166). Las probabilidades para el futuro nunca podían ser aseguradas a partir de las evidencias del pasado. Y ello era especialmente cierto si el presente adquiriría los aspectos de una auténtica catástrofe.

CÓMO RECONSTRUIR EUROPA

El proyecto de una reconstrucción global de Europa era una necesidad. La otra, imperiosa, era hacer frente al sistema monetario posbélico. Sus primeras grandes contribuciones teóricas se inscriben precisamente en esta órbita. El monetarismo de Keynes parte de la asunción y de la evidencia del nuevo papel del dinero y del crédito en el capitalismo. De hecho, aunque él no era un revolucionario en este aspecto antes de la guerra, las alteraciones posteriores le llevaron a nuevos diagnósticos y nuevas propuestas de actuación.

Con ello, por otra parte, la economía recobraba en sus manos no sólo sus aspectos más estrictamente teóricos o estadísticos, sino sus iniciales perfiles de una economía política. Teoría y actos de gobierno fueron siempre los dos instrumentos necesarios para una intervención en la compleja realidad. Hay en él, desde sus primeros momentos, y también producto de su formación *burkiana*, un rechazo evidente a las grandes construcciones abstractas, sustituidas, por el contrario, por un pragmatismo notable.

La polémica en torno a la vuelta o no al patrón oro, suspendido durante la guerra para hacer frente a las ingentes necesidades de liquidez, situó a Keynes del lado de aquellos que consideraban su restauración como una auténtica miopía. Si la paz mal gestionada podía acrecentar los desastres económicos de la guerra, no eran menos las consecuencias económicas de una vuelta al sistema tradicional de cambio e intercambio.

Las consecuencias económicas del Sr. Churchill (1925), en donde se criticaba la decisión de la vuelta de Gran Bretaña a la ortodoxia, insistía en las ya firmes ideas de la irrealidad de los ajustes automáticos y en los efectos perversos de seguir empeñados en el mantenimiento de una moneda fuerte y de una deflación que extendería el paro y la miseria. La preferencia por el mercado exterior frente al interior ocultaba, de manera no muy sutil, la apuesta por el dominio imperial de la *City* sustentado por una libra esterlina fuerte.

Este libro, sin embargo, no puede entenderse sin el que constituye, sin duda, su primera gran aportación teórica dos años antes, *Breve tratado sobre la reforma monetaria* (1923), que enlazaría, tras el estallido de la gran crisis de 1929, con el *Tratado sobre el dinero*, publicado en 1930. Tres eran los argumentos fundamentales del primero.

Desarrollaba en él un análisis de los efectos opuestos de la inflación y de la deflación, introduciendo con ello una perspectiva social que incidía en las consecuencias que sobre los diversos perceptores de renta (propietarios o fabricantes, rentistas, asalariados...) tenían las alteraciones monetarias. En cierta manera, ello suponía un retorno a una perspectiva macroeconómica centrada en los grandes perceptores de renta y no en los agentes individuales.

Las alteraciones monetarias en general y la moneda muy en particular bajaban de su aparentemente inocuo limbo en el que los había mantenido la ortodoxia neoclásica para convertirse en elementos decisivos en la marcha de una economía percibida desde los sectores productivos y sus respectivas rentas.

En segundo lugar, rechazaba la perspectiva a “largo plazo” como una suerte de horizonte contemplativo que aseguraría el reajuste de las magnitudes económicas. Se trataba de una especie de “ilusión”, fuertemente sustentada en la creencia de los marginalistas y neoclásicos de unos agentes económicos guiados por la racionalidad en sus decisiones, pero también, y sobre todo, en los mecanismos de reajustes automáticos de la economía.

Desde este último punto de vista, la deriva inevitable era propugnar una acción de los políticos exclusivamente dirigida al restablecimiento de la ortodoxia perdida durante el paréntesis de la guerra. Así lo entendió Winston Churchill, a la sazón ministro de Hacienda y finanzas en el gobierno conservador de Balwing (1924-1929), cargo que ocupó tras su nada honroso paso por el Almirantazgo durante la I Guerra Mundial.

Keynes, por el contrario, entendía en estos momentos la necesidad de una acción del gobierno impulsada desde el convencimiento de que era preciso intervenir en un mundo en absoluto “natural” ni “automático” y que, en consecuencia, las decisiones deberían dirigirse en sentido contrario a las tendencias de precios y valor de la moneda como forma de contrarrestar sus efectos. Era la unión recobrada entre economía y arte de gobierno.

El restablecimiento del patrón oro lo inició Austria en 1923, luego Alemania y, en 1925, Gran Bretaña. En 1926 lo hizo Francia, Bélgica, Holanda y Hungría. A finales de la década, eran más de cuarenta los países que habían regresado al *Gold Exchange Standard*. Como recuerda Carlos Marichal, haciéndose eco de la opinión de Kennet Mouré, autor de *The Gold Standard Illusion* (2002), la decisión no respondía exclusivamente a problemas técnicos: “Se trataba de una idea poderosa que parecía prometer el regreso al orden de la *belle époque* anterior al estallido de la guerra. Para el gran público y también para las élites políticas y económicas, su restablecimiento apelaba a una fuerte nostalgia por un mundo que había desaparecido entre el humo y los gritos de una prolongada y brutal contienda” (Marichal, 2010, 98).

Los presupuestos keynesianos partían de la convicción del final irreversible del mundo del *laissez faire*, pero no del capitalismo ni de la sociedad y sistema político que había alentado. Como dijera en 1917 de una manera muy precisa, aquello parecía el final de una “era concreta de un tipo concreto de civilización”. De lo que se trataba, precisamente, era de salvar esa “civilización”, de dejar atrás las ilusiones naturalistas del *laissez faire* y del individualismo radical para dar paso a un régimen que contemplara la intervención sobre la economía como una necesidad irrenunciable de superar la anarquía económica y dar pasos hacia una mayor justicia y equilibrio social.

Como a otros muchos intelectuales, economistas, políticos, escritores o historiadores, la realidad alternativa del comunismo soviético no le resultaba ajena. Su visita a Rusia, tras su matrimonio con la que sería su esposa hasta la muerte, la bailarina Lidia Lopokova, pudo resumirse en dos palabras: opresión y exaltación. Opresión, pues todas las políticas del comunismo se basaban en acciones violentas que resultaban técnicamente inaplicables en Occidente; exaltación, pues el fondo religioso del comunismo, más allá de sus soluciones o propuestas económicas, podría ser un ejemplo de la necesidad de ese mismo halo de entusiasmo y de moralidad en el capitalismo. “Rusia”, concluía en uno de sus ensayos, “nunca nos importará seriamente a todos nosotros, a menos que sea como una fuerza moral”. Era esa fuerza moral la que notaba a faltar en el capitalismo, según indica en 1925:

Porque el capitalismo moderno es absolutamente irreligioso, sin unidad interna sin mucho espíritu público, a menudo –aunque no siempre– un puro montón de propietarios y arribistas. Para sobrevivir semejante sistema tiene que tener un éxito no sólo moderado, sino inmenso. En el siglo XIX fue, en cierto sentido, idealista; de cualquier modo, fue un sistema cohesionado y seguro de sí mismo. No solamente tuvo un éxito inmenso, sino que mantuvo

nuestras esperanzas de un continuo aumento de éxitos en perspectiva. Hoy tiene sólo un éxito moderado. Si el capitalismo irreligioso, en último término, ha de derrotar al comunismo religioso, no basta que sea económicamente más eficiente: tiene que ser mucho más eficiente (Keynes, 1988, 270-273).

Mucho más eficiente, pero también con fines renovados. El capitalismo moderno “como medio es tolerable, pero como fin no es tan satisfactorio”. En opiniones y análisis como éste Keynes demostraba hasta qué punto la economía y la visión que tenía en esos momentos del sistema capitalista se alejaban de la mera perspectiva analítica y técnica para recobrar un halo filosófico que le permitía, tal vez como ningún pensador, captar las grandes transformaciones que estaba viviendo el mundo y, sobre todo, la necesidad de una “nueva sabiduría” para regir “una nueva época”.

Pero su anclaje en el mundo burgués y sus valores era inamovible. Aunque pudiera expresar un fuerte resentimiento y desconfianza hacia el comportamiento depredador de ciertos propietarios y capitalistas, no podía dejar de aceptar que los valores de la burguesía habían contribuido a levantar una civilización de la que no estaba dispuesto a renunciar.

No puede evitarse percibir en esta idea un rastro siquiera leve de la admiración de Marx por la labor revolucionaria de una burguesía decimonónica, digna impulsora y motor del progreso de la historia. Pero lo que en Marx era sólo el punto de partida para contemplar el desarrollo de la contradicción (el proletariado) que pudiera acabar con aquella clase y su civilización, en Keynes era una convicción irrenunciable de la necesidad del mantenimiento del sistema y sus logros.

Su liberalismo pugnaba por ubicarse en un lugar intermedio entre el conservadurismo de la derecha intransigente y un laborismo que considerada siempre acosado por “jacobinos, comunistas, bolcheviques...”. “La guerra de clases”, como afirmara en una de sus tantas frases famosas, “me encontrará siempre del lado de la *bourgeoisie* educada”. Así es, pero ello no le impedía predicar la necesidad de hacer algo bueno y distinto, pareciendo “heterodoxos, molestos, peligrosos y desobedientes para con los que nos han engendrado”, según sostiene en su ensayo de 1925 *¿Soy un liberal?* (Keynes, 1988, 298-308).

Keynes no perdió nunca ese halo de elitismo cultivado, que se lo hacía acompañar siempre, no obstante, de ciertas dosis de pragmatismo. Su pragmatismo venía impulsado por su extraordinaria inteligencia y capacidad para captar la nueva realidad. “El problema político de la humanidad”, sentenciaba en 1926, “consiste en combinar tres cosas: eficiencia económica, justicia social y libertad individual” (Keynes, 1988, 313).

LA CRISIS DEL 29

La crisis del 29 confirmó alguno de los análisis y diagnósticos de Keynes. Y puso también en evidencia de manera dramática que las soluciones monetarias eran manifiestamente insuficientes para reorientar el capitalismo. Esas soluciones se venían predicando desde distintos ámbitos, acompañadas de la necesidad de organismos reguladores bancarios centrales mucho más fuertes. Sólo un año después del crack, Keynes seguía adherido al análisis monetario aunque en esta ocasión daba un paso más hacia adelante, poniendo en cuestión la manida relación directa que el clasicismo establecía entre el ahorro y la inversión.

No era verdad que todo lo ahorrado o toda renta tuviera un destino productivo, canalizado hacia la inversión. Se volvía con ello a dar una nueva vuelta de tuerca a la teoría del equilibrio automático del sistema, poniendo una vez más sobre la mesa la supuesta racionalidad del *homo oeconomicus*.

Magnitudes de ahorro podían perfectamente verse bloqueadas en busca de expectativas distintas (lo cual suponía otro tipo de pensamiento no menos racional) o simplemente desviadas hacia consumos no productivos. Así lo sostenía en su *Tratado sobre el dinero*, de 1930, en opinión de la mayoría de autores uno de sus primeros libros de contenido teórico revolucionario. Lo que Skidelsky califica como “psicología económica” suponía la ruptura total con la idea clásica de que el ahorro proporcionaba fondos directos para la inversión.

Aceptando la idea de una *economía de dinero bancario*, no existía en ella, y mucho menos en el sistema del *gold Exchange*, una posibilidad de relación automática entre ahorro e inversión. La única posibilidad era realizar una determinada política bancaria, de tal manera que los dos polos de la realidad, el ahorro y la empresa (en tanto que elemento determinante de la inversión) se complementaran. De nuevo era una llamada a la necesidad de *la política* actuando y regulando aquellos aspectos del sistema que se empeñaban en contradecir los supuestos de la ortodoxia clásica (Skidelsky, 2013, 568-569).

La gran crisis de los años 30 fue, como es sabido, la mayor vivida hasta ese momento en el mundo capitalista y un punto y aparte determinante en el diseño de nuevas políticas capaces de reconducirlo. De alguna manera, tuvo la misma magnitud y la misma profundidad que la reordenación geoestratégica emprendida entre 1918-1919. A partir de aquí, nada volvería a ser igual...

Aunque simplificando mucho, puede afirmarse que el capitalismo, hasta el momento, había pasado por dos momentos muy precisos. En el primero, como ya se ha dicho al principio, los supuestos de lo que los clásicos llamaron “la nueva sociedad comercial” giraron en torno a la idea de la producción, básicamente entendida como producción de bienes. La mercancía, contenedora

de valor, dominaba la escena de los diversos mercados teniendo como referencia para su intercambio la moneda, un expediente en sí mismo neutro.

La segunda época del capitalismo fue la progresiva imposición de una economía monetaria y, sobre todo, de dinero bancario. Haber asumido esa nueva realidad, que no obstante muchos pretendían que se autorregulaba a través de los mecanismos automáticos que representaba el patrón oro, fue la gran aportación de muchos economistas, entre ellos Keynes. Quedaba, finalmente, desde la evidencia de una economía de la producción, no sólo alentar nuevas medidas o políticas monetarias, sino desviar el punto de mira hacia la demanda. Y esa fue la auténtica revolución keynesiana expresada en su *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, de 1935.

Para entonces, en medio de las incertidumbres que provocaban las diversas políticas emprendidas por los gobernantes para hacer frente a la crisis, Keynes mantenía una polémica fructífera con el economista que iba a representar una postura radicalmente distinta a la suya: Friedrich Hayek (1899-1992), miembro de la escuela de Viena y discípulo de Wieser y Mises. Su reacción ante el *Tratado sobre el dinero* se sustentó básicamente en el diagnóstico de la crisis como una crisis de sobreinversión, al contrario que la conclusión a la que llegaba Keynes de un ahorro no traducido en inversión.

Keynes acabaría asumiendo que la postura que defendía necesitaba ser avallada con análisis más rigurosos respecto al capital y al interés. Y el resultado fue su *Teoría general...*, general y global sobre el conjunto del sistema que abarcara empleo, capital e interés. Y la conjugación de estas tres variables fue la que propició el diagnóstico sobre un problema de demanda en la crisis que se estaba viviendo. Era ésta, además, una demanda que tuvo buen cuidado en no limitar exactamente a los sujetos particulares, sino a un comportamiento macroeconómico de “demanda agregada” como capacidad en conjunto del sistema de absorber el total de la producción: consumo privado, inversión privada, gastos públicos y exportaciones.

Sobre cada una de estas variables debía actuarse mediante políticas anticíclicas que atacasen los dos principales males del desempleo y la inflación. Hacía falta un agente de gasto en última instancia, que era el Estado, de la misma manera que se requería un prestamista en última instancia recayente en los bancos centrales.

La política estatal no sólo debería alentar una demanda específica, sino sentar las condiciones que propiciasen la salida de eso que se denominaba “la trampa de la liquidez”, es decir, aquellos momentos en que unos intereses bajos y un dinero barato y fácil propendiese en realidad a una falta de estímulos en las empresas por una caída de los precios ante la falta de demanda. Era ésta la que cabía y debía activarse, incluso en un contexto de moderada inflación.

Pleno empleo e inflación acabarían, de hecho, siendo las dos señas más distintivas de eso que tras la Segunda Guerra Mundial se denominó “capitalismo keynesiano”.

Los temores de Keynes con respecto a la libertad y la democracia, en realidad esa civilización a la que tan decidido estaba a no renunciar, le enfrentaron inicialmente, aunque no de una manera demasiado virulenta, a los efectos de un revolución y de un comunismo que él creía ver en algunas actitudes del laborismo inglés.

¿CAMINO DE SERVIDUMBRE?

Pero sería la gran crisis de los años 30 la que desencadenaría una auténtica amenaza para la civilización: el fascismo y, de manera muy particular, el nazismo. La batalla contra este enemigo no contó sólo con su aportación, sino también con la del economista que, desde orillas opuestas, plantearía en términos similares la defensa de los mismos principios: Hayeck publica en 1944 *Camino de servidumbre*.

En esta pequeña obra alertaba sobre los problemas de una creciente planificación en economía que no haría sino aumentar el peligro del totalitarismo. No en balde, Keynes se mostró de acuerdo con aquellos principios de filosofía y moral subyacentes al ensayo, pero de ninguna manera con las derivaciones de política económica que parecía concluir o proponer el economista austríaco.

Curiosamente, al otro lado del Atlántico, Schumpeter, acogía esta contribución con cierta frialdad. Aunque tampoco comulgaba exactamente con las políticas keynesianas, lo cierto es que en un momento de su trayectoria profesional se había dejado seducir (al menos intelectualmente) por determinados elementos de un socialismo que representaba en realidad para él la inevitable deriva corporativista del capitalismo. Su postura pesimista y la depresión le llevaron a no reconocerse ni en la posibilidad de salvarlo mediante el gran descubrimiento keynesiano de una economía de la demanda, ni tampoco en la propuesta de una economía que funcionara sin la intervención del Estado.

El “agente de gasto en última instancia” de Keynes (y que podemos en el fondo trasladar a “agente civilizador en última instancia”) era para Hayeck, en realidad, el contrario de la libertad. Su presencia creciente era la que aseguraba ese “camino de servidumbre” que predicaba el título de su obra. En los años 30 y 40 eran dos formas distintas de afrontar no sólo los problemas económicos, sino la libertad y la democracia. Hayeck triunfó sólo después de que las políticas keynesianas aseguraran la salvación de la civilización amenazada y una de las épocas de mayor prosperidad, equidad y justicia social de la historia.

Schumpeter para entonces había fallecido. Años antes lo había hecho Keynes. El legado del primero, curiosamente, acabó siendo una obra póstuma, *Historia del análisis económico* editada en 1954 por su viuda. Cuesta sustraerse a la tentación de comparar esta obra con la también inacabada obra de Marx destinada a ser el cuarto volumen del capital, *Teorías sobre las plusvalías*.

Desde presupuestos contrarios, ambos autores asumen la tarea de construir una historia de lo que ha sido el pensamiento económico. Obras póstumas, ambas abordan por igual una perspectiva rigurosamente analítica de lo que fueron las distintas formas de encarar el hecho económico. Tal vez podamos reconocer en este hecho una muestra final de la siempre ambivalente actitud que Schumpeter mantuvo respecto a Marx, entre la crítica y la admiración.

Esto es algo que Keynes siempre tuvo más claro al afirmar que las fórmulas del pensador alemán eran incapaces de dar respuesta a los complejos problemas del capitalismo de comienzos del siglo XX. Las suyas, por el contrario, sí que lo hicieron o, al menos, dentro de unos límites razonables. Algo que al propio Keynes no hubiera desagradado.

BIBLIOGRAFÍA

- BLOOM, Philip (2010): *Años de vértigo. Cambio y cultura en Occidente, 1900-1914*, Barcelona, Anagrama, 677 p.
- CLARK, Christopher (2014): *Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914*, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 798 p.
- FERGUSON, Adam (2012) [1975]: *Cuando muere el dinero. El derrumbamiento de la República de Weimar*, Madrid, Alianza Editorial, 315 p.
- HAYECK, Friedrich (2011): *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza Editorial, 302 p.
- HOCHSCHILD, Adam (2013): *Para acabar con todas las guerras. Una historia de lealtad y rebelión (1914-1918)*, Barcelona, Península, 615 p.
- KEYNES, John Maynard (1987) [1919]: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Crítica, 208 p.
- KEYNES, John Maynard (1988): *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Crítica, 448 p.
- McMILLAN, Margaret (2005): *París 1919: seis meses que cambiaron el mundo*, Madrid, Turner, 694 p.
- MARICHAL, Carlos (2010): *Nueva historia de las grandes crisis financieras. Una perspectiva global, 1873-2008*, Barcelona, Debate, 420 p.
- MARX, Karl (1977): *Teorías sobre la plusvalía*, Barcelona, Crítica/Grijalbo, 477 p.
- NASAR, Sylvia (2012): *La gran búsqueda. Una historia de la economía*, Barcelona, Debate, 607 p.
- PALAFIX, Jordi (coord.) (1998): *Curso de Historia económica*, Valencia, Tirant lo Blanch, 423 p.
- SKIDELSKY, Robert (2013): Barcelona, R.B.A., 1120 p.

- SCHUMPETER, Joseph Alois (1994): *Historia del análisis económico*, Barcelona, Ariel, 1.377 p.
- TOOZE, Adam (2016): *El diluvio. La Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Barcelona, Crítica, 846 p.
- TRAVERSO, Enzo (2002): *La violencia nazi. Una genealogía europea*, México, F.C.E., 203 p.

